



Figura 27. Palomino, I. (s.f.). Paz engañosa [Ilustración digital]
Archivo del artista

Inspiración, imaginación y realidad. Reflexiones en tiempo de pandemia: el artista, el concepto y su espacio

Inspiración, imaginación y realidad. Reflexiones en tiempo de pandemia: el artista, el concepto y su espacio

Ciro Palomino Huamani⁵⁰

Resumen

A modo de ensayo, en este capítulo cuento un poco mi historia de aquella relación que existe entre el artista, su obra y su entorno con la pandemia. La adaptación a una vida de espacios, distanciamientos y virtualidades que respiramos de manera acelerada a nuestro entorno y en la que supimos salir con imaginación e inspiración. La vida está llena de historias mágicas, ancestrales y que te sorprenden. Hay historias que pasan de familiares, amigos, fe, de muerte, de duendes, pandemias, hasta contar mi proceso creativo. La importancia de los espacios, el lugar de concentración y que por instantes suelen volcarse a una distracción. Como artistas gráficos visuales tenemos ciertos “rituales” para empezar a crear una obra, por ejemplo, el concepto, el mensaje y la técnica,

50 Egresado de la facultad de arte y diseño de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Galardonado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) al ganar el concurso “Carteles por la paz 2016” y “17 objetivos para transformar nuestro mundo 2017”, respectivamente. Ganó el premio compartido “Energía Latina 2017”, elegido para portada en “Colores Latinos 2016” y jurado en las Mejores ilustraciones de Latinoamérica. En los últimos años Ciro ha realizado exposiciones individuales de carteles en ciudades de Lima, Nueva York (ONU), Sao Paulo y Río de Janeiro; asimismo, participó en eventos internacionales como jurado y en exposiciones colectivas.

como funciona este tridente para el diseño, en la que intentó explicarla y de cómo me ayudó. Todo ello sin olvidar al planeta que había sido sacudido por una enfermedad pandémica como una marea negra que nos oculta del día. Sin olvidar aquellos malos recuerdos, amigos y familiares que fueron cubiertos por este pandémico mal y que ahora no están con nosotros. No sé si es injusta o porque tuvimos mucha suerte, o porque fuimos intrépidos o a veces cobardes. Lo que sé es que estamos aquí para contar estas historias, aquellas que viajan a lugares para que sepan de cómo logré vivir e imaginar en este mundo de historias y magia.

Palabra claves: concepto; mensaje; inspiración; artista; pandemia; espacios; cartel.

Resumo

Em modo de ensaio, neste artigo conto um pouco minha história, aquela relação que existe entre o artista, sua obra e seu entorno com a pandemia. A adaptação de uma vida de espaços, distanciamentos e virtualidades que respiramos de forma acelerada a nosso entorno e na que em que foi possível sair à frente com a imaginação e inspiração. A vida está lotada de histórias mágicas, ancestrais, que surpreende. Existem histórias que passam de familiares, de amigos, de fê, de morte, de duendes, de pandemias; para contar meu processo criativo. A importância dos espaços, o lugar de concentração que por instantes se convertem em distração. Como artista gráfico y visual temos certos “rituais” para iniciar a criação duma obra, por exemplo, o conceito, a mensagem e a técnica, como funciona o tridente para o desenho, na que intento explica-lo y das ajudas. Tudo sem esquecer ao planeta, que havia sido abalado por uma doença pandémica como uma maré preta que oculta o dia. Sem esquecer as lembranças ruins, amigos e familiares que foram afetados por essa doença pandémica e que não estão com nós agora. Não sei se é injusto ou porque tivemos muita sorte. Ou porque éramos intrépidos ou, às vezes, cobardes. O que eu sei é que estamos aqui para contar essas historias, aqueles que viajam para lugares para saber como eu consegui viver e imaginar nesse mundo de histórias e magia.

Palavras-chave: conceito; mensagem; inspiração; artista; pandemia; espaços; sinal.

Introducción

Recuerdos, es una palabra que me hace girar hacia atrás, cerrar mis ojos y abrir mi mente. Creo que los recuerdos son momentos pasados en los que vivimos y que se estacionan en algún lugar de nuestra mente; situaciones pasadas que descansan y salen a la luz cuando uno menos lo piensa o, quizá, porque observamos algo, lo escuchamos o simplemente lo oímos. El recuerdo suele ser así, uno malo o bueno se desborda a nuestro presente, se queda un momento y se aleja como vino.

Hoy trato de encontrar entre mis recuerdos el día exacto, o lugar exacto, en que me encontraba cuando escuché la palabra *pandemia* tan reiteradas veces, una, dos y mil veces, provocando el temor en mí y millones de personas.

Y sigo escarbando entre mis recuerdos. ¿Dónde me encontraba aquel día y qué hacía? Sí, la escuche entre los murmullos de los peatones mientras caminaba por las calles históricas y plazas céntricas de Lima. No recuerdo si lo escuche por la bocina gastada de algún vendedor de frutas que, con su fuerte cantar, me seducía con frases dulces para poder comprar unas deliciosas y jugosas frutas. No me acuerdo si tal vez mi hermano Rubén me envió un mensaje de texto para que lo llame urgentemente porque algo malo escuchó en las noticias, o fue un amigo a quien no lo veía de años, utilizó un mensaje virtual de alguna red de comunicación que nos distrae a diario de malos y buenos mensajes y que me alertaba sobre la pandemia, o fue mi esposa Mabel, quien me advirtió de la palabra *pandemia* y su contagiosa mortalidad. Trato de recordar la palabra “pandemia” que conmocionó al mundo entero, pero no pude. Creo que es imposible hacerlo, me pude enterar por cualquiera de las situaciones anteriores, luego vinieron palabras nuevas como virus, coronavirus, alergias, contagios, cierre de aeropuertos, entre otros. Pero la palabra que sí recuerdo hasta hoy en día, a la que nunca olvidaré, es la ciudad llamada *Wuhan*.

Wuhan la escuché en las noticias reiteradas veces; se decía que era el origen del brote epidémico que dio lugar a la pandemia del Covid-19. Por mi parte quise saber más de dicha ciudad, no solo lo relacionado con la enfermedad. Me enteré que Wuhan es una linda ciudad como otras hermosas urbes de China; se le conoce como “El Chicago de China” (Time, 1938). Es decir, Chicago y Wuhan son ciudades que le dan suma importancia al transporte doméstico —No me imagino cómo sería tener un transporte ordenado y de confianza en esta parte de Sudamérica y ¿por qué no? aprender de ello—.

Porque quería saber más de la ciudad, entre mis “navegaciones virtuales” supe que el río Yangtsé y su afluente, el río Han, cruzan zigzagueante la ciudad dividiéndola en tres distritos con su más de once millones de habitantes; además, Wuhan es la capital de la provincia de Hubei. Como una de las veintidós provincias de la República de China (Ministry of Commerce People’s Republic of China, s.f.), hoy en día quizá no sepamos mucho de ella por sus bondades y atractivos porque solo la recordamos como la ciudad que se dio a conocer por el primer caso de Covid-19. Sin embargo, creo que es muy injusto entenderla de esa manera como el “inicio de la pandemia”. Wuhan es una ciudad con mucho desarrollo financiero y tecnológico, así como el desarrollo del software entre otras bondades que no envidiamos, en cambio, aplaudimos. Sabiendo aquello, quise aprender más, percibir lo que se hacía en la ciudad, primero, qué tan lejana se encontraba del lugar de donde yo me encontraba ahora, la ciudad de Lima. A partir de ahí me cuestioné ¿En qué parte “del otro lado” de Sudamérica se encontraría? Yo vivo en Lima y, por las noticias, supe que Wuhan estaba en China. De China sabía que era un país muy grande, y al referirme de que está “del otro lado” es por su lejanía en kilómetros. Pero con la ayuda de la tecnología, en especial la del Google Maps, dejó de ser “del otro lado” al referirse al desconocimiento. Y de lo que advertí al considerarlo como la “del otro lado” pasó a ser a “lo más cercano”.

Podría decirse que tanto el continente sudamericano como el asiático se encuentran cruzando el océano Pacífico y, en la manera en que yo la cuento, parece sonar que ambos continentes se encuentran muy cercanos. Sin embargo, realmente son miles de millas de kilómetros que nos separan, hora de viajes y grandes distancias. Y supe que hay otras maneras de conocer una ciudad sin estar físicamente en el lugar. Así que “googlear” me ayudó mucho para aproximarme a “lo más cercano” y conocer más de la ciudad de Wuhan. Por lo tanto, el incidente del contagio u origen de una pandemia pudo haber sido en cualquier lugar de una ciudad, de cualquier hermosa ciudad, de cualquier parte de este mundo y cualquiera pudo ser “del otro lado”. Inclusive, la ciudad en la que me encuentro pudo ser el “del otro lado”; aquella parte a la que no desean ir porque el temor en ser contagiados, o ser considerados como la ciudad del brote de este mal endémico. No lo sabemos. Creo que la enfermedad se pudo haber originado en cualquier parte del planeta, de algún “otro lado”. La enfermedad llamada Covid-19 llegó un día, se expandió entre trópicos y meridianos, llevando consigo muchas vidas a cajas oscuras y profundas.

Creo también que “del otro lado” lo podemos relacionar o ver en un espacio más cercano y cerrado. También podría ser el “exterior” de tu hogar, y donde lo “interior” es tu casa, tu familia que se protege, se cubre, se hace fuerte, imagina que esto pasará, comenzamos a creer y, por qué no a sonreír, es gratis y llena el alma. A pesar de que hemos perdido amigos y familiares en esta pandemia, hemos logrado aprender a vivir en estos dos espacios “imaginarios” por así decirlo. Esos dos lugares entre lo “interior” y “exterior” me quedaron marcados, lo de afuera y lo de adentro, lo armonioso y ordenado con lo bullicioso y el caos.

Será que nos sentimos seguros en casa. Recuerdo que en las noticias informaban que cerraron los aeropuertos para evitar el ingreso del virus y que todo estaba controlado. Sé que no estaba seguro de que no entraría el virus, algo erróneo de mi parte ya que era imposible contenerlo de tal manera.

Entonces “lo del otro lado” comenzó a cambiar y hacerse nuevas limitaciones mentales. Wuhan dejó de ser ajena en nuestra latitud y ahí fue el inicio del aislamiento, luego de las fronteras se pasaron a provincias y finalmente llegó el momento en que nos aislaron entre nuestra casa y lo exterior.

Las noticias “volaban” y llegaban a casa, las cifras de fallecidos como contagiados, los tipos de vacunas, el uso de doble mascarillas, lavarnos las manos, qué hacer (o no hacer) para estar sanos y, finalmente, solo rezar y esperar al tiempo a que haga lo suyo. Y lo que llamé “del otro lado” pasó de aislar a una ciudad a quedarnos “amurallados” en casa. Parece enredoso y raro verlo de tal manera, algo surrealista; una enfermedad que no distingue frontera, ni espacios, ni exterior o interior. Una afección que juega con la vida y la muerte. ¿Es complejo? No lo sé. Esta separación entre espacios, sentimientos, encierros y tiempos me hizo alucinar y crear muy indistintamente.

Sentado en casa, esperando el ocaso de una tarde extraña sin aves, ventanas despejadas y contando el minutero para descansar; una noche que dejó de ser monótonamente igual a las anteriores noches, a mi rutina hoy le agrego esta historia de lo “externo” y lo “interno”. ¡Sí! como el interno de mi hogar y lo externo entre ruidos y voces que repite en mis oídos: no salgas, usa mascarilla, quédate en casa, afuera hace frío y te puedes resfriar, y en mi interior una voz que decía: quédate en la calidez de tu hogar, que mañana será otro día en la que puedas salir e imaginar.

Una ventana indiscreta

El hogar siempre será acogedor, caliente y lleno de paz, como se dice: no hay nada como el calor del hogar. Eso sí es indiscutible, pero yo quiero hablarles del calor o del frío que sientes, por ejemplo, cuando dejas una ventana abierta o te colocas bajo la luz del sol que se filtra por la ventana. Sí, ese sentir físicamente; o cuando te encuentras en algún lugar específico de tu casa donde hace un poco de frío, aquella zona donde no cae el sol. A esas zonas me refería exactamente, o aquel lugar donde te abraza la sombra y te oculte de la calidez del sol. Entonces, sería tonto preguntar ¿de dónde viene o se va esa luz que nos da calor o frío? Esa luz entra a su libre albedrío y nos alegra. En mi caso me alegra ver entrar los rayos de sol por la “ventana”; esa luz solar que viene del “exterior” para pasar al “interior” de mi hogar.

Les cuento esto porque mi mesa de trabajo está muy cerca de una ventana que da a los primeros rayos de sol, eso me hace sentir bien. A quien no, bueno, es en mi caso, quizá otros desean más la luz artificial que una luz natural porque los distrae la visión; quizá te hace sudar o simplemente no lo deseas. Yo lo tomo amigablemente a la luz natural, digo:

– Pase usted, tome asiento un momento y caliente mi sitio hasta que regrese de desayunar.

Dicho todo esto, para un artista visual es muy importante por dónde ingresa la iluminación para su espacio de trabajo. Por ello, le doy énfasis a dicha atmósfera por donde entra la luz. Parece tonto decirlo, pero al final me sirve contarlo, o lo tomen como una anécdota torpe que no viene al caso. Pero saben algo, les contaré de todas maneras un poco de mi zona de confort en donde yo trabajo.

Empezaré a hablar de la “ventana” como el primer filtro, así es, una ventana tiene muchas dimensiones y ubicaciones. Si estás muy cerca quizá te distraiga no solo de la luz, sino del ruido. La primera vez en que me mudé al departamento en el que estoy en la actualidad me emocionó tanto los rayos de luz que ingresaba por la ventana, a la que me pegué demasiado a ella. Estaba tan cerca que podría decirse que mi nariz casi estaba en la calle porque podía sentir lo que cocinaban los vecinos contiguos, y mis ojos ya pasaron de observador a husmeador. Prácticamente me enteraba de las cosas que pasaban afuera, inclusive, en una ocasión me detuve a ver cómo una paloma comenzaba a construir un nido entre los cables enredados de luz, ver a sus pichones

crecer y luego observarlas maltonas dejando el nido. En mi interior me dije: “realmente me estoy distraendo y sea un factor negativo para crear, estar muy cerca a la creatividad o muy por lo contrario quizás me distraje porque mi cerebro necesitaba un descanso”. Por otra parte, Papa (2022) anuncia:

La creatividad simplemente consiste en conectar las cosas. Cuando le preguntas a personas creativas cómo hicieron algo, se sienten un poco culpables porque en realidad no crearon nada, simplemente vieron algo. Les fue obvio después de un tiempo. Eso es porque fueron capaces de conectar las experiencias que habían tenido y las sintetizaron de formas nuevas –Steve Jobs–.

Si lo vemos de esa manera, cómo podemos medir hasta qué punto me distraigo y me conectó con las otras cosas. Eso no lo podemos saber, me conecto o desconecto o simplemente me quedo todo el día viendo al ave en su nido que puede apreciar desde la ventana de mi hogar. Creo que para una creatividad ayudará lo que vemos; escenas que en un futuro pueden ayudar a conectarse con soluciones o creaciones llamadas inspiración. Se suelen “tachar” o negar a las personas que se distraen –las distracciones y concentraciones son una línea mental en la que puede aparecer la creatividad– pero depende mucho en qué tipo de trabajo uno se desempeña. Es distinto si te dedicas al manejo de máquinas pesadas o la de cortar trozos de carne en grandes sierras eléctricas. Ahí es muy distinto, quizá para un artista la distracción nos ayude a conectar para dar paso a la creatividad. “Cuando llegue la *inspiración*, que me *encuentre trabajando*” decía Picasso.

El trabajo podría decirse también consiste en generar ideas, observar, almacenar, para conectarnos prontamente a la creatividad e inspiración.

¿Qué tan cierto será? Finalmente decidí no moverme de la ventana de mi casa, quise retarme a mí mismo, y sé que lo podía tener todo bajo control y creo que no sería tan malo distraerme un poco, descansar un momento la mente para que luego fluya la inspiración. “Ilumíname Dios” al final parece que “Dios me abandonó”, sabiendo que tenía una reunión virtual más tarde. Y el ruido de la calle tomó por asalto mi lugar de trabajo. Mientras me preparaba para la reunión virtual de una hora, de la calle provenía un ruido muy peculiar que quizá ustedes ya lo hayan escuchado; afuera de la casa con bocina en mano, se ofrecía algunas frutas o huevos frescos o la compra de fierros, catres y botellas. Realmente fue inesperado, salí rápidamente a cerrar las ventanas

para aplacar aquel ruido molesto, al final fui muy rápido en hacerlo, no sé si notaron mi ausencia las personas de la reunión virtual, pero sus risas los delataron, a la que me uní a ellos con continuas risas y simplemente decirles: suele pasar.

Pero no todo es malo. Uno decide a su conveniencia si desea estar pegado o no a una ventana. La luz que ingresa por la ventana nos brinda calor, y, por cierto, otra vez decidí cambiarme de lugar junto a mi mesa de trabajo. Moví todo mi arte, solo necesité un empujón, prácticamente se encuentra a un metro de la ventana, bueno, casi nada. La ventana que tengo es prácticamente grande, de 3mx2m. La mesa suele estar rodeada de pequeños maceteros, apiladas al filo de la mesa de la esquina que da más cerca a la ventana. Las plantas que tengo en casa, a la hora de comprarlas, olvidé consultar su tipo. Les puedo contar que las hojas que brotan de ellas son de un verde limón fresco, muy hermosas, que zigzaguean entre ellas para darse camino hacia la calle, en busca de los primeros rayos de sol. El color verde me ayuda a refrescar la vista y a la mente a la que me alegra, me vitaliza; lo natural siempre es bueno tenerlo de cerca, siento que respiro pureza.

A todo ello hay otras piezas que me acompañan, como la de un elefante negro con la trompa hacia arriba y muy sentando como una posición circense. Son realmente mágicos los elefantes, simbolizan protección y fuerza para el hogar. Quise saber más de ellos ya que tengo en casa otras más, una de trompa hacia arriba que representa la prosperidad según lo que averigüé; es de la buena suerte, para la abundancia y la victoria. Y, como les decía, tengo más elefantes en casa, especialmente en la mesa de sala donde habitan tres elefantes blancos con un estilo minimalista; no tienen ojos, parecen esferas blancas con sus trompas. Sobre el último, y más pequeño, su material es de mármol, algo más pesado que los demás; una pieza adornada con algunas piedras preciosas, pero no las costosas, humildemente las artificiales que brillan cuando observas esa en especial.

Lo curioso es que todas ellas están mirando al televisor, con la trompa hacia abajo, lo cual dicen que representa la longevidad y la concepción. Vaya, creo que voy a comprar más elefantes, no sabía que me gustaban tanto. Otras de las piezas que tengo en casa cerca de mi ventana es la de una gran biblia que prometo leerla pronto; es pesada a simple vista por su tapa gruesa, pero sus hojas son delicadas y suaves por un papel que no logro reconocer. Por último, está mi estatua de la Libertad, aquella que me traje de recuerdo de

una exposición de arte que hice en la ciudad de Nueva York, en las Naciones Unidas en el 2017. Quizá siento que verla me da libertad, pero está más en la imaginación; los elementos o piezas que están cerca de nosotros las ponemos a nuestro lado porque nos traen recuerdos, nos gustan, nos alegran, o tal vez nos ayuden a conectarnos con la inspiración. O como diría un vendedor —Al gusto del cliente—, elementos que compramos o nos regalan pueden ubicarse cerca a nuestra mesa de trabajo o no. Quien sabe, en un futuro puedan ayudarnos a distraernos o concentrarnos en busca de la inspiración.

Antes de la pandemia recuerdo que mi mesa de trabajo era como cualquier otra que podía encontrar en cualquier esquina o ubicación y, sin temor, ponía la computadora portátil sobre una de ellas para poder diseñar y crear; no le daba prioridad o importancia como la doy ahora, en la que he venido contado en los párrafos anteriores de las piezas que están alrededor de mi mesa de trabajo. Cuando empezó la pandemia, en casa la distribución de los espacios también cambió. Empecé a trabajar en casa, el llamado teletrabajo, tener una oficina simple en un espacio predeterminado en el hogar de tu casa. Una que te haga ver cómodo y fresco, que note tu personalidad, como tu pequeño espacio creativo.

Como primer paso me enfoqué en la ventana. Fue lo primero que me detuvo a reflexionar: ¿me concentraría al estar ubicado muy pegado a ella? o ¿con qué elementos pensaba adornar mi mesa de trabajo para tener una oficina de calidez que inspire? Es por ello por lo que el espacio fue importante para mí, y la atmósfera que se creó fue fundamental, para poder encontrar una buena ubicación para tu mesa de trabajo.

Antes que empezase la pandemia mi centro de trabajo, “el oficial”, se encontraba a una distancia en tiempo aproximados de 1 hora con 15 minutos, en la que usaba tres medios de transporte urbano para poder llegar a mi destino. Siempre me ha gustado sentarme al lado de la ventana durante el viaje. Ahora que me percató, vuelvo a nombrar la ventana, creo que para mí es algo importante, pero la de un medio de transporte es muy distinta a la de una casa porque la primera es “móvil”, por así decirlo, me permite observar a las personas, el contraste de las casas y vivencias. De alguna manera, estas situaciones también influyen a la hora de crear porque observo e imagino, mediante una ventana en movimiento de la que puedo aprender muchas cosas. A veces creo que la ventana te inmiscuye, quizá en las vidas de las personas que están del otro lado, por algunos segundos logras ver si están enojados, pasivos furibun-

dos o simplemente te observan porque tú los observas, indiscretamente, o sin querer, podemos convertirnos de observadores a observados. Me hace recordar a una frase de una película clásica de aquellas que eran en blanco y negro: “Válgame. Somos una raza de mirones” (JosVelasco, s.f.) dicha frase hecha en la película *La ventana indiscreta* (1954), dirigida por Alfred Hitchcock.

Válgame, si tomo esa palabra ¿quizá sea yo un mirón? O ¿sólo estoy aprendiendo de los demás? Es incierto, los artistas visuales tenemos que ser observadores, contemplar te permite conocer muchas situaciones, quizás pueda ayudar a la inspiración. A veces me preguntan, ¿cómo te “iluminas”? Es una pregunta muy compleja saber en qué momento encontrarás la inspiración, siento que la fuente podría ser una “ventana”. Tú eliges lo que deseas ver detrás de los objetos; la más alta que te eleva a la imaginación celestial (refiérase al ver a través de la ventana de un avión), o a la que está en movimiento en donde ves a las personas pasar, sus preocupaciones, alegrías o tristezas. Es como ver una película muda de cortometraje en vivo (refiérase al ver a través la ventana de un auto), o aquellas inamovibles que están frente a una mesa de trabajo, o a una compañía de algún familiar (refiérase al ver tras la ventana de tu hogar), claro, eso es. La ventana me ayudó a conectarme con la ciudad, las personas y las cosas: es la que elegí, la que te sirve para transportarte y conectarte. Quizás me convertí en el “mirón” que aprende de los demás; tal vez sea esa mi fuente de inspiración. Cada artista visual puede buscar caminos o desvíos de rutas para inspirarse y concluir una pintura, una escultura o un diseño, pero ¿todos los caminos te conducen a Roma? Yo diría que todos te conducen a una ventana.

Cusco mágico

Hoy en día los carteles y todo tipo de diseño, inclusive el de información (el trabajo que realizaba en la oficina), lo hago en casa; mi arte frente a una computadora, a una ventana, frente a mis elementos preferidos (biblia, plantas, estatua y elefantes), todo en el hogar. Diría que ya no necesito moverme mucho, y eso que tengo una silla giratoria que me ayuda a virar y ver otras perspectivas, como ver la tele o ponerme en posición para conversar con la familia. Eso es bueno. Y si deseo continuar con el trabajo, hago un giro y me reincorporo al trabajo. Todo en uno.

Dentro de mis recuerdos sobre esta pandemia está el mes de octubre del 2020, cuando con mi esposa decidimos viajar y visitar a la familia fuera de Lima. Como artista visual o diseñador gráfico no necesitaba llevar muchas

cosas para diseñar, solo era necesario meter en la mochila la computadora portátil y listo. —Deje a mis “elefantes” cuidar de la casa hasta que volvamos— Es una de las ventajas que podíamos tener los diseñadores, solo se necesita la mente para inspirarse y la computadora para hacer realidad las ideas en un diseño o cartel.

Pensé también que el vuelo iba a hacerse algo distinto, porque existieron muchos protocolos. Recuerdo que para aquel viaje aún no llegaban las vacunas y, por ende, el vuelo estaba muy riguroso: tener la doble mascarilla, el protector facial... ¡ah! y también llenar un formulario en la que te consultaban si tenías contacto con un paciente que se haya contagiado con el virus. No quise ser riguroso ni apático, solo empecé a llenar las respuestas con muchas “x” y, luego de muchos controles y protocolos, logramos viajar.

Nosotros quisimos viajar porque con mi esposa habíamos escuchado que en las provincias no había muchos afectados de contagio como en la capital. A decir verdad, era muy cierto; las cifras de contagios y muertes que se anunciaban en las noticias eran más altas en la capital que en las provincias alejadas.

La ciudad a la que nos enrumbamos fue a la ciudad imperial del Cusco, así que dejé la “ventana” de mi casa para cambiar a nuevos aires de una “nueva” de inspiración. Mi centro de trabajo ya no se encontraba en el tercer piso como mi hogar de siempre: ahora, desde esta ventana en la que me encontraba podía ver toda la ciudad del Cusco. De aquí de lo alto se veía todo, era cierto, la casa de mi suegra Julia Valencia, a quien venimos a visitar, nos brindaba tal vista turística, por así decirlo. La casa en donde nos alojamos era de siete pisos, y la base estaba en una especie de colina lo que nos daban el privilegio de visualizar hasta cada extremo de dicha ciudad. Así que “tome como asalto” la azotea como mi mesa de trabajo, aquel espacio acogedor era muy especial, ya que la oficina pertenecía a mi suegro Benancio Guevara, una persona inteligente de tratos correctos y una gran sonrisa que contagia el lugar. Es lo que recuerdo, cada vez que viajamos lo recordamos, hay una foto en la casa y un casco de ingeniero que lo acompaña, fue ingeniero y catedrático de la Universidad de la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco (UNSAAC). Él nos dejó hace cinco años, es algo que siempre tengo presente al recordarlo, que en paz descanse don Benancio.

Fue aquel espacio acogedor en el que me encontraba ahora. Siempre trato de estar del lado de una ventana. Esta vez el sol es mucho más fuerte que el

de Lima, y veía más de cerca al sol salir y ocultarse. Había días en que el sol se ocultaba para dar paso a la lluvia o a inquietas granizadas. Trabajar en una azotea tiene sus pros y contras: “allá arriba” me encontraba solo, es decir, la mesa, la computadora portátil, una biblioteca y como siempre la ventana. No conversaba con nadie; si deseaba hacerlo tenía que bajar a los primeros pisos, algo que lo hacía de vez en cuando para no quedar desolado. Sin embargo, ahora que recuerdo también subían mis familiares a conversar un rato: mi esposa Mabel, el infaltable cuñado William, mi suegra Julia, la que me ofrecía una palabra alegre porque la forma como la decía —así: “Osheee” — es como una onomatopeya del saludo, de un “oye” o un “hola”, así como los sobrinos Abdel y Sergio. No obstante, luego bajaban porque creían que me estaban interrumpiendo —algo que no era cierto— y otra vez me quedaba solo yo y la azotea.

Quizás me digan que tengo mala suerte, pero no, a veces recibía la visita de otros pequeños visitantes a la casa. Uno de ellos se llama “Rino” un perro de pequeña envergadura, lanudo, exquisito al comer, pero con una personalidad de rey; podría decirse que era un “pequeño muy orgulloso”, aquel era el gran Rino”. A veces entraba al cuarto de Abdel y destrozaba toda ropa dejada por casualidad en el suelo. El otro que venía a visitarme era el gran “Betto”, un perro de cortas piernas y de años avanzados con sus ojos azulados que en algunas ocasiones entraba a la cama del cuñado William y se desvanecía con su cuerpo pesado a tomar una siesta. Qué travieso era, por ejemplo, hubo un día en que de un gran mordisco arrancó un trozo de carne de las manos de William. Ambas mascotas peludas solían visitarme y muchas veces se quedaban toda la tarde conmigo. Creo que las personas como mis familiares, además de mis dos amigos caninos, me brindan de alguna manera sus compañías, igual que el sol, las lluvias, granizadas, el viento. Es una inspiración distinta que me embarga, forma parte de mis recuerdos y, con ello, me ayudan también a crear. Son experiencias de la vida cotidiana que aprovecho para incluirlas en mis obras personales como artista visual.

Cusco está a 3339 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m.). Es una ciudad de altura, los primeros días te puede chocar un poco, tener mareos y náuseas, pero con el pasar de las horas logras recuperarte, tu cuerpo se acostumbra y se adapta. La adecuación es cuestión de tiempo; así como el cuerpo se adapta, también nos habituamos a buscar espacios para trabajar, nos acoplamos para seguir con el siguiente paso y encontrarnos con nuestra creatividad misma tan pronto cuando menos lo piensas.

Santiago

¿La pandemia y la soledad están unidas?, creo que cortó cierta comunicación de contacto humano. El abrazo, o el saludo que nos damos en la calle, hace un año era casi complicado saludarse normalmente, teníamos que alejarnos a una distancia de un metro, fue extraño, pero teníamos que hacerlo para no contagiarnos. ¿Qué pasaba con aquellas personas que vivían solas?, fueron mil veces más complicadas a quienes vivían con muchos parientes en un hogar; pero el temor también era que si el virus entraba a casa contagiaba a toda la familia, entonces, todo era un riesgo. Vivir solo o en familia, teníamos que ser muy precavidos. ¿Inteligentes? El virus no discrimina, un descuido y ya estabas con el mal. Pero no deseo asustarte, ya que cada uno de nosotros sabíamos cómo enfrentarlo.

¿Y si en casa era solo una pareja? Fue algo que nos sucedió, a mi esposa y a mí. Ella se llama Mabel y la pandemia hizo que nos atrincheráramos en casa, advertidos de que tenemos que ser cuidadosos a no traer a un invitado pequeño y maligno llamado Covid-19 a casa. No queríamos eso, el tiempo hizo que no nos contagiáramos hasta obtener nuestra segunda vacuna, pero al final llegó el momento en que nos contaminamos. A pesar de que estamos vacunados sentí un malestar de garganta y fiebre. Pensé que era pasajero, momentáneo; tomé algunas hierbas calientes y una pastilla para calmar la fiebre, pero les digo que no me tumbó a la cama. Estuve de pie, algo que lo podía sostener, luego de una semana me puse fuerte otra vez, mi cuerpo y mente eran los de antes. A veces me pregunto, ¿Por qué no fui al hospital? Fueron las dos vacunas, por ello en aquel momento solo me dio síntomas de gripe y un poco de malestar. Sin embargo, para sacarme de las dudas me fui al hospital para saber si realmente me había contagiado. Luego de una hora la doctora me dijo que salí positivo, me preguntó si me sentía mal y le dije que no. “Estoy perfecto”, le dije, la doctora manifestó que me siguiera cuidando con los protocolos de siempre, algo que sigo haciendo hasta ahora. Tuve suerte tal vez. No sé si será el destino de una buena salud, pero ¿cómo lo podemos saber?, el uso de mascarillas y su distanciamiento con un par de vacunas lograron apaciguar un malestar letal.

Me pregunto ¿cuántas personas han perdido a sus familiares? ¿y los que se quedaron solos? La soledad es sigilosa y silenciosa, es el viento que mueve tu cabello cuando duermes, es la noche que te cubre entre sueños, es el zapato que no hace ruido al caminar. Hay millones de razones por las que se puede hablar de la soledad como los millones de personas que han partido, muchas

personas que se alejaron y acompañaron al viejo barquero Caronte, quien quizá se haya vuelto rico por las monedas que recibió. La soledad es infinita ¿pero nos ayuda a los artistas a crear? a veces, solo algunas veces prefiero estar solo, para ordenar mis ideas o tratar de crear una obra artística. Luego deseo confundirme con el ruido para estar con la realidad. sí, eso es.

Hablando de Caronte, hay otra persona de cuentos e historias que se vienen a la mente con el olor a la brisa del mar, se llama “Santiago” ¿recuerdas de él?, en aquella novela de *El viejo y el mar* (1952) de Ernest Miller Hemingway: “Donde el hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser destruido, pero jamás derrotado” (como se citó en Vicent, 2002). Esta lucha contra la adversidad, una lucha con la naturaleza nos hace pensar que también podemos combatir con esta enfermedad. Sé que en el mundo hay muchos “Santigos” solos y solas, que se hacen fuertes y van en contra de esta marea a la que llamamos adversidad; aquellas personas a quienes llamaremos “los imprescindibles”.

La adversidad tiene tentáculos de infortunio. Al final logramos salir a flote, como vencedores. Y es lo que hacemos cada vez que luchamos contra esta pandemia. Somos grandes luchadores como el viejo Santiago.

¿Es muy distinto la soledad de un artista? En este caso, para poder crear ¿necesitamos la soledad?, muy indiferente a Santiago frente a una adversidad, él se repone y sale. Creo que el artista puede ver a la soledad como su aliado, o quizá su infortunio. Cada artista sabrá elegir y qué rumbo tomará para encontrar soluciones a sus conflictos artísticos.

¿Algunas veces buscamos la soledad o deseamos estar solos para crear? quizás, ¿el silencio ayuda a concentrarse? Ni el zumbido de una mosca de-searíamos que nos rodee para molestarnos o el rozar de alguna mascota que intenta encontrar caricia alguna de un amo desatento. La distracción también es otro factor importante para escapar de la soledad, cuando tenemos acciones a nuestro alrededor, o como el tronar de los dedos. La distracción y la soledad van también de la mano que me sirven para crear. Sé que la pandemia nos “aisló” ¿la inspiración viene y va? O justo llega cuando estamos como el viejo “Santiago”. Siempre existirá dicha lucha; es como el ruido que hace el perro del vecino porque dejamos la ventana abierta, o como el ruido de un motor de un coche viejo, o porque el televisor está muy alto en volumen. Luego de todas estas acciones de ruido viene la tranquilidad, las aguas calmas y la de quedar-

nos quietos. Ambas son importantes para las personas porque nos empujan a imaginar, crear y, por qué no, pescar al gran pez de Santiago; así, al llegar a la orilla mostrar lo cazado como señal que avanzamos y nos reconozcan.

Concepto y construcción visual

Luego de reflexionar por mi parte de los espacios, mesas de trabajos, distracciones, la soledad, la atmósfera, las conexiones y, sin olvidar de las ventanas que da la luz como la oscuridad misma, o como la familia de alguna manera, también me ayudaron a contar mi historia en estos tiempos de pandemia. Por otra parte, les quiero narrar mis dos procedimientos a la hora de diseñar: dos enfoques para solucionar problemas gráficos. Lo anterior contado es lo que nos afectó a cada artista la pandemia, nos aisló; asimismo, cada uno lo supo resolver a su manera, al igual que yo.

El primer enfoque es, y siempre será, la parte conceptual enfocada en la idea y el mensaje: ¿qué deseas transmitir? dicho proceso puede demandar un tiempo estimado. Quizá para algunos artistas o diseñadores la creación es desarrollada de una manera rápida dependiendo de cada persona o como tú logras conectar las ideas. La experiencia de una persona también ayuda, todo es un proceso, algunas veces suelo hacer un collage de ideas o de imágenes que me puedan proporcionar conexiones, para luego canalizarlo a una conceptualización.

En mi caso diría que la experiencia te puede ayudar, pero existen otros factores que se complementan, logrando así una idea mucho más sólida. Hoy en día ya tengo más de veinte años que dejé la universidad donde me enseñaron los conceptos del diseño, sin embargo, fuera de esta institución seguimos en constante aprendizaje.

Fue en el 2003 cuando culminé la carrera de diseño gráfico, una carrera universitaria en la facultad de arte y diseño de la Pontificia Universidad Católica del Perú (FAD PUCP). Cuando uno termina una carrera, uno no deja de aprender, observar, analizar, comparar, cuestionar o preguntarse ¿por qué aplicó tal concepto en tal diseño? Es por ello por lo que no debemos dejar de aprender. Todo ello me ha ayudado a acelerar un proceso creativo; siempre hay otros factores que ayudan a complementar como los “conectores gráficos”. Son elementos visuales en los que podemos jerarquizar, para luego poder identificar qué componente es más potente que el otro: analizar, observar y

saber elegir. Son dichos complementos que te permiten que el mensaje sea puro y directo.

A veces nos quedamos con los primeros elementos visuales, las primeras propuestas, o simplemente no rebuscamos más por falta de tiempo, no queremos investigar, o no sabemos observar ni elegir. ¿Por qué sucede esto? ¿Por el poco tiempo que nos dan? ¿el cliente te empuja a una pronta solución?

Los conectores visuales consisten en el analizar, el observar, saber elegir qué elemento visual te lleva a un mensaje directo y puro. El tiempo en que nos demoremos en crear demandará también el tiempo en que podemos dar una rápida solución. Debemos solucionar partiendo del concepto, para dar un mensaje y tener un producto visual gráfico potente, directo y funcional.

Sobre el segundo enfoque: ya teniendo la idea, el concepto y el mensaje, considero a la “construcción visual” con el siguiente énfasis. Me refiero a qué herramientas usarás para crear el diseño, por ejemplo, si aplicarás materiales palpables como acuarelas, estilógrafos, óleos, entre otros. O si no optamos por programas digitales como herramientas llamadas como Adobe Illustrator o Adobe Photoshop. Estas dos últimas son las que más uso. Entonces, depende de cada artista qué herramientas emplearás para diseñar. No olvidemos que aparte de los programas gráficos, también nos podemos apoyar con el uso de la fotografía, basándonos en el concepto de composición o collage. El diseño tiene que transmitir un mensaje claro, sencillo y práctico.

Mi caso es muy particular a la hora de conceptualizar, dedico un poco más de tiempo a abstraer las “ideas”, a las cuales se tienen que dar vueltas, comparar, seleccionar o elegir mentalmente cuál funciona mejor. Teniendo ya la idea final, pasamos a elegir un estilo, mayormente selecciono uno minimalista, apoyándome en elementos muy precisos, simbólicos o icónicos. Son mis preferidas a la hora de crear carteles, trato de usar pocos elementos para tener un “concepto visual” contundente, por así decirlo. Esos tipos de gráficas son muy potentes. El estilo minimalista es el que más recordamos, por su sencillez, viaja rápidamente pasando por nuestra retina, para luego posarse en nuestro consciente. Es un proceso mágico.



Figura 28. Palomino, I. (s.f.) Esperanza [Ilustración digital].
Archivo del artista

El concepto *minimalista* es contemporáneo; el uso de pocos elementos, la sencillez y el uso de color limitado. Cada elemento usado tiene que ser muy pensado, que comunique; si no cumple esa función se elimina de la obra. Hoy en día el minimalismo se aplica en otras expresiones artísticas, como fotografía, moda, pintura, entre otros.

He visto también el uso del minimalismo en el cartel, yo soy uno de ellos, tengo amigos que también los usan como estilo. La ventaja de usar este estilo es que el mensaje es muy directo, tu mente no necesita distraerse, ni hace pre-selección de imágenes; se puede resumir bajo esta ruta: obra-mensaje-receptor (observador). Si lo vemos así, esa transición es rápida a la hora de consumir el mensaje visual. Mayormente, por su sencillez estos tipos de trabajos son más fáciles de quedar en el consciente; al ser de esa manera la obra formará parte de tu vida. ¿Cómo así? Porque simplemente lo recordamos, inclusive, formará parte de tu conversación entre amigos porque el tema lo amerita. ¡Sí! ¿Te pasó algún día? Inclusive mi madre me hace recordar de una obra que siempre me saca enfrente, inclusive amigos me hacen recordar de la obra.

La obra que les cuento se llama *Esperanza I*. Trata de una niña entre doce y catorce años, con un vestido entre un azul bondi y un azul acero que le llega a la cintura. Bajo ella un jean gris con sus zapatos blancos, ah, de cabello sujetado por un lazo formando una cola de caballo hasta llegar a su cintura. Ella lleva entre sus manos una regadera de mediana envergadura; pareciese que le pesa, pero no. Ella sutilmente alza las puntas de sus pies donde lleva sus pequeñas zapatillas negras. Sí, se alza para poder regar una pequeña, muy pequeña planta que brota de una fría silla de madera. Sí, brota de una silla. Hoy en día, algunas veces vivimos tiempos complejos con situaciones adversas. Pero aquella obra me da esperanza de seguir adelante. A continuar regando esperanzas en tiempos de espera, paciencia y pronto saldremos de este virus que nos hace asustar y entristecer, pero sigamos creando obras, solo avancemos.

Anteriormente, les conté del minimalismo, cuando suelo crear obras con pocos elementos, breves, concisos, compactos, únicos. Sin embargo, el arte, el cartelismo o el diseño no siempre será concebido como tal. En mi caso me gusta elegir ese estilo, cada artista tiene su elección en ese sentido. Eso es libertad.

algún espacio sin pintar o decorar. Dichas piezas presentaron elementos de la vida cotidiana, tales como flores, frutos, aves, animales e insectos, además de personajes mitológicos.

Hilando por la paz⁵¹



Figura 30. Palomino, C. (2016). Hilando por la paz. Carteles por la Paz Naciones Unidas [Ilustración digital]. Archivo del artista

51 Diseñador peruano gana el concurso “Carteles por la Paz” de Naciones Unidas. Para más información véase (Naciones Unidas, 2016).

Sobre el estilo “minimalista” y el “horror al vacío”, son dos estilos que se contraponen. Este último lo tomé de referencia de la cultura Nazca ya antes mencionado y me sirvió mucho para explicar un poco de mis obras. Digo esto porque dentro de mis obras o diseño me gusta aglutinar muchos elementos para contar una narrativa visual. Con lo ya antes contado, también quería dar un ejemplo sobre el “horror al vacío” aplicado en una de mis obras más importantes en mi carrera como diseñador visual. Es titulada como *Hilando por la Paz*⁵². Aquí su historia: fue en el 2016, cuando la Oficina de Asuntos de Desarme de Naciones Unidas comunicó un concurso internacional denominado “Carteles por la Paz”. Por el evento que conmemoró el 70° aniversario de la primera resolución de la Asamblea General en la que se estableció el objetivo de eliminar las armas nucleares y cualquier otro tipo de arma de destrucción masiva.

En dicho concurso envié la obra *Hilando por la paz*. Bien, para mí ahí fue el inicio para involucrarme en temas sociales de suma importancia, y quedé envuelto, ¿envuelto? Muy cierto, hoy en día gran parte de mi tiempo soy diseñador (infografista) trabajando para una empresa y la otra parte la dedico a trabajar como diseñador social o comunicador visual social, todas enfocadas en el cartelismo. Esa obra me enseñó a intervenir, tener una nueva perspectiva y preguntarnos: ¿cómo el arte puede ayudar a construir conciencia? Podemos convertirnos en un agente del cambio, en activistas y desde nuestros espacios podemos hacerlo, solo hay que apoyar y poner nuestro granito de arena.

La obra “*Hilando por la Paz* tiene una dimensión 70x50cm, un formato general para un cartel; hay algunos que pueden ser más pequeños, como un A3 (29.7x42 cm), o más grandes, como una B1 (70x100cm). Hago referencia a los tamaños porque es importante a la hora de diseñarlas, por ejemplo, es elemental ver el tamaño de tipografía a usar. Recuerden que cuando tenemos un cartel en frente se debe considerar una “distancia de lectura”. Si el cartel es un B1 podemos alejarlo algunos metros o elevarla a cierta altura y no afectará nuestra lectura visual si ubicamos bien el tamaño de la tipografía. Porque si colocamos textos muy diminutos, imposibilita la lectura haciendo que nos peguemos al cartel. Hay que tener en cuenta eso.

En adición, si hay un cliente que nos pide un diseño, también es bueno que sepan los tamaños de los carteles. Considero que hay dos espacios para

52 Para más información, véase Ayma (2016).

ver un cartel, uno es en el interior de una sala o salón; la otra es en el exterior, ubicados en las paredes o muros de las calles. Es bueno tener una comunicación con el cliente sobre las dimensiones. Le comento de las dimensiones porque desde que estuvimos en pandemia aparecieron nuevos formatos y se dio más empuje a las exposiciones virtuales.

Para continuar con el proceso del cartel que realicé, *Hilando por la paz*, empecé a juntar elementos o palabras que me atribuyen al tema del desarme nuclear. Las palabras que escogí se fueron armando una especie de “sopa de letras de figuras”. Junté ideas anotadas en un papel como bomba nuclear, paloma de paz, destrucción, humo, armas destructivas, personas heridas, entre otras.

Sin embargo, había algo que descubrí y que tendríamos que tener en cuenta: las ideas que coloqué en esa especie de lista también serían usadas por todos los competidores. El diseñador a su manera haría dicha ficha de elementos para luego poder articularlas unas con otras. Entonces, cada uno buscaría su manera de conectar las ideas. Quizá un artista solo use elementos de la paloma con un arma nuclear u otra persona utilice la bomba con personas heridas, etc. Cada diseñador aplica todo lo aprendido, así como toda su experiencia y busca la mejor manera de que su obra grafique el mensaje. Es ahí donde empezamos a competir.

La competencia es algo inevitable, así que me tomé más días en pensar, maquinar e inspirarme. En esta ocasión, o en estos tipos de concursos, tenemos que fijarnos en la fecha de entrega porque te puedes enterar que el concurso solo le faltan solo unos días para cerrar. Yo tuve algunas semanas para poder crear la obra. Siempre es bueno tener algunos días más para trabajar.

En mi lista de ideas, o “sopa de letras”, comencé a buscar y agregar otros elementos para poder comunicar la idea. Justo viendo mi lista inicial me di cuenta de que todo el mensaje era enfocado en lo negativo y destrucción. Me compliqué y replanteé un poco mi lista.

Así que mi mensaje estuvo relacionado con “lo malo es vencido por lo bueno”, “lo destructivo convertido en positivo”, “desarmar para reconstruir”, fueron esas asociaciones las que incluí en mi lista para empezar mi obra. El elemento que elegí fue “los hilos”; aquellos que sirven para construir, pero también para deshacer y deshilar. Esto se convirtió en el hilo conductor para armar esas dos ideas entre el bien y el mal, ya antes mencionado, entre mis propuestas. Ya

con la idea principal faltó el otro elemento visual, por tanto, decidí usar como elemento “niños”. Sí, niños. Incluirlos puede ser descabellado: unir armas con niños. Sin embargo, después de tantas vueltas a las ideas pude encontrar una relación entre estos tres elementos: arma-hilos-niños. Con ello el mensaje ya estaba conectado.

Al tener mis tres elementos junto al concepto ya me senté frente a la computadora y empecé a darle “vida” a la historia. En este sentido, el gran formato de 70x50cm me ayudó y sirvió para centrar a mi primer elemento-personaje.

Escogí una gran bomba nuclear ubicada en el centro del formato. Lo imaginé como un gran tótem imponente, casi imposible de desaparecer. Dije “casi”, fue mi intención. Luego imaginé que ese tótem tendría que caer, ¿cómo desconectarlo, derribarlo o desactivarlo? Fue entonces cuando usé mi segundo elemento-personaje. La idea de los hilos era el elemento que me ayudaría a que estos componentes lograsen transmitir un mensaje. Así que a ese gran monstruo de metal hecho como un tótem comencé a romperlo y destruirlo. Desde la parte superior, y de lo más alto, salían hilos de metal que caían, por tanto, se veía una gran bomba que se desarmaba en forma de hilos que caían al suelo. En este momento aparece el tercer elemento-personaje: los niños. Es ahí donde aparecen muchos niños jalando esos hilos, pero no con fuerza; en cambio, los hilos de metal pesado se convierten en suaves al final de la cuerda, inclusive se movían con el viento ya en la base del gran tótem. Ellos usaban esos hilos para poder volar sus cometas, pero también se convirtieron en hilos con globos que volaban con niños jalando; asimismo, entre ellos saltaban las cuerdas y, sin querer, se formó una idea general de paz y conciencia. Una gran bomba era deshinchada para hilar mediante el juego de los niños, quienes son el futuro para una esperanza de paz, tema del concurso. La importancia y el mensaje que se transmite es muy poderoso, como la bomba que desaparece por el futuro enfocado en la juventud.

La guerra, usan armas nucleares, son asesinos de almas. Debemos enseñar a nuestros niños que la guerra es mala, nos deshumaniza, nos desvanece. Por ellos están estos tipos de mensajes visuales aplicados en el cartel, que esta vez fue mediante un concurso. Pero tenemos también la posibilidad de crear obras sin que exista alguna competencia, sino porque nos nace poder ayudar a concientizar. Una parte de mi tiempo trato de ayudar. El cartelismo social apoya mucho a comunicar y transmitir ideas. Trato de que mis obras no incluyan algún texto, quiero que la imagen que inserte sea un mensaje universal;

también de que llegue a muchas regiones y pase fronteras y corazones como razones: conciencia narrativa visual sólida y concreta.

¿Quizá se pregunten sobre el estilo usado? No lo olvido, ojalá puedan haber visto la imagen. Sobre el estilo que encontré en la cultura Nazca, en un principio no sabía cómo llamarlo, pero descubrí semejanza con lo que hacían mis ancestros precolombinos: el “horror al vacío”.

La obra *Hilando por la Paz* tiene un 80% copado con imágenes y un 20% sin ella, con este tridente que usé (bomba-hilos-niños), rodeado con otros elementos que me ayudaron a decorar la obra como árboles, nubes, palomas, entre otros. Y el estilo minimalista lo usé en cada personaje, si se fijan, los niños son colores planos, máximo cuatro colores por niños, la simplificación o estilización de los árboles y la bomba. Traté de que no existiera mucho “ruido” visual.

Recuerdan en un principio lo que dije sobre hacer una lista con ideas y qué elementos visuales usar, ¿hacer una lista? Es bueno elaborarla, para no repetir con la lista de los otros participantes. Les digo esto, pude ver a los otros diez primeros puestos, y todos muy buenos. Siento que cualquiera de nosotros pudo haber ganado, pero analizando fríamente los carteles ganadores ¿porque el mío fue diferente a los demás? Pues, quizá mi narrativa sea una historia visual distinta, una historia en las que involucren niños, pensando en el futuro y el cambio. Nos hizo pensar. Conciencia.

Siempre me gusta observar mi gráfica y preguntarme lo que pude haber agregado o quitado. Sin embargo, de dar tantas vueltas lo dejo como está, pero había algo en la gráfica que no me había percatado a la hora de crear la obra. Recién cuando estuve en Nueva York, en la exposición misma me hicieron notar (se mostraban las diez obras seleccionadas incluidas a las tres ganadoras); en plena ceremonia, una de las personas quien nos galardonó era el secretario general de las Naciones Unidas: Ban Ki-Moon. Él observó a la bomba, aquel tótem negativo que estaba presente en mi cartel, y me señaló especialmente su parte superior, la que parecía a una cúpula de una iglesia, pero parecía destruida, con cemento y fierros. Él vio que estaba en mi diseño, pues mirándolo bien, tenía una estructura de una cúpula en la parte superior la cual estaba caída. Y me dijo: “Es similar a la cúpula de una iglesia que está en Japón cuando hubo el bombardeo en Hiroshima”. Dicha iglesia no pudo ser destruida en su totalidad, solo sufrió algunos daños y cuyo domo les hizo recordar a ella.

Me sorprendí. Ya unos días después de la exposición recordé lo que me dijo, busqué un espacio, empecé a googlear y realmente era cierto. Quizá pudo ser mi inconsciente; tal vez al estar buscando información del bombardeo se me cruzó la imagen, o al final fue golpe de casualidad, de pronto un cruce de imagen. Lo cierto es que el Domo Genbaku es parte del Parque Conmemorativo de la Paz de Hiroshima, que contiene varios otros monumentos erigidos posteriormente. El epicentro de la explosión atómica del 6 de agosto de 1945 estuvo a solo 150 metros del edificio; fue la estructura más cercana que resistió el impacto.

Les cuento esta historia del concurso: “Carteles por la paz”, de cómo fue mi proceso creativo, primera vez que lo cuento paso a paso. El tiempo-idea siempre presente, meditando en la sala, o frente a una computadora, caminando por mi pequeña sala o recogiendo distracción e inspiración por “mi ventana indiscreta”, un poco de aire para refrescar mis ideas. Lo relaciono mucho con los momentos que estamos pasando ahora. El encierro por esta pandemia, quizá aquella vez hice mi ritual de encerrarme para crear, en aquel espacio llamado departamento. Pero existe similitud ya que el espacio donde empecé a crear es el mismo en el 2016, y si lo veo de esa manera hoy en día, ¿tengo mucho más tiempo para crear porque estamos encerrados? Tal vez nos encerramos en una burbuja mental, olvidamos todo para centrarnos en qué inventar, pero como dice, la inspiración te tiene que encontrar trabajando. Es y será así, y tarde que temprano llega la “iluminación”. Es ahí donde, solo por algunos segundos, aparece dicha chispa de inspiración. No es todo el tiempo pensando en ella o creyendo que ya se viene la buena idea; en cambio, en ese tiempo que te dedicas o te sientas a trabajar puede salir la inspiración. También considero importante ayudar como un ejercicio que me permite conectar mis ideas y, a su vez, funciona como parte de la creación de la misma obra.

Al crear quizá hagamos eso. Yo con mi método, cada uno con su modo de crear y recrear, pero la concentración hace que olvidemos los ruidos. Hasta el ruido de la alarma de un Covid-19. Tal vez por un momento.

El primer paso: decidir

Permítanme culminar la historia anterior con un punto que es muy importante y obvie contar en un principio. En estos tipos de concursos internacionales, más allá de los premios que ofrecen que para mí, suele pasar a lo secundario. Lo primero es la parte en la que tenemos que *decidir*.

Yo me enteré del concurso porque justo una tarde me encontraba solo y casi libre de trabajo, un poco de ocio me rodeaba. No sé cómo, decidí entrar a googlear y escribir “concurso de ilustración”. Fue ahí donde descubrí el concurso de la ONU. Nunca se me vino a la mente “vaya, es un concurso donde participarán muchos artistas”, que digo muchos, fueron miles, de muchas escuelas de artes y distintos países por todo el mundo. Si iniciamos a cuestionarnos y dudar de nuestra capacidad, empezamos a fracasar; son segundos de decisiones que te elevan a lo más alto, o seguimos con nuestra monotonía. Aquella vez decidí no cerrar la pestaña de la ventana de internet donde estaba tal concurso de la ONU. Simplemente me adentré, para perderme en mis inventos locos como mágicos, crear y ser capaz de competir: ser yo mismo.

Me entusiasmé del concurso, quise saber más del evento, y fue donde *decidí* participar, me sentía capaz, yo solo deseaba concursar. Y decidí hacerlo porque confiaba en mí. Muchas veces me pregunto ¿Qué hubiese pasado si no hubiera participado? quizá no hubiera existido mi proyecto personal llamado *conciencia* (exposición de carteles con temas sociales); de pronto no hubiese conocido a muchos amigos diseñadores en varias partes del mundo que apoyan el cartelismo social. Probablemente, tampoco me hubiese visto escribiendo estas anécdotas en tiempos de pandemia que tuve el placer de ser invitado por mi amigo Omar Alonso García. Supe que elegí bien, tomé este camino lleno de diseños, carteles y conciencia.

El día “D”

Llegó el día en que anunciarán al ganador del concurso “Carteles por la Paz”. Todo fue mediante un correo electrónico en el que solo elegirían a tres carteles ganadores y otros diez serían seleccionados para acompañarán la exposición. Fue un domingo en el que me sentía muy impaciente, revisaba constantemente mi correo, al mediodía, y no me llegaba notificación. En la tarde revisé una vez más y no llegaba comunicado alguno. Ya casi perdiendo esperanzas entré a la medianoche y no había resultado de algún ganador. En mi interior pensé “quizá no lo hice bien”, empecé a ponerme un poco triste, pensativo y dudé, ¿que pudo haber fallado? y qué tan buenos trabajos fueron presentados. Al día siguiente les escribí por correo electrónico nuevamente: “Disculpen que les escriba, me pueden enviar en enlace donde salen los ganadores, para un futuro cercano poder aprender de ellos. Mil gracias”.

Así que ya un poco calmado y resignado solo queda esperar el bendito enlace ganador; así pasaron unos días cuando finalmente recibí un correo

electrónico de las Naciones Unidas. Estuve resignado, pero con un poco de duda quise ver los otros trabajos, así que, sin dar vueltas atrás, hice clic al correo electrónico.

Bueno, así son estos concursos, a veces se gana y a veces se pierde, o quizás ganemos mucha experiencia y motivación para una futura participación. A veces me motivaba silenciosamente —Iván, hoy ganaste mucha experiencia. “Sí, cómo no”, me respondí—. Solo hice el bendito clic e ingresé a ver a los ganadores, cuando empecé a leer el correo que decía así:

Buenas tardes Sr. Palomino,
Adjunto un enlace en el que pueda ver a los ganadores, atte. Oficina de Asuntos de Desarme de las UN.

Abajo del texto encontré el enlace, en donde estarían los elegidos. Sin más que esperar ingresé a dicho enlace. Lo que sentí luego fueron muchas emociones juntas; todo lo contado, así como este proceso de diseñar un cartel pasó frente mí en segundos. La emoción de ver tu nombre y obra en el lado izquierdo de la página; arriba decía “primer lugar” y debajo de la obra estaba mi nombre terminando con un Lima/Perú.

¡Lo que pasó luego ya fue mágico, hechizado, inimaginable y una silenciosa explosión que venía por dentro! Cerraba la ventana de la página web y luego lo abría, así unas veinte veces, hasta que volví en mí y supe que todo es un proceso en esta vida; cuando empezamos a diseñar, nos organizamos y lo ponemos en práctica. Un procedimiento que viene en que supimos *elegir*; empezando a correr, porque te mueve una pasión; es un aprendizaje constante tanto en la universidad, como estudiante y fuera de ella como profesional. Nunca dejemos de participar, en especial en estos tipos de eventos llamados concursos. Me di cuenta de que también somos capaces de ser creativos para trascender. No es nada fácil, no es porque te cae la fortuna del cielo; es trabajo, te debe encontrar trabajando y si sueñas, hazlo trabajando. Todo empieza y termina en estas conexiones de pasiones, elecciones, procesos, mensajes y magia absoluta.

Al final, luego de unos días me llegó el correo donde me felicitaban por obtener el premio; de ahí me enteré de que participaron más de 4000 obras de 125 países. Simplemente fue tan sorprendente que cambió mi vida como profesional y persona; me hizo meditar en mi carrera, de que somos capaces

de trascender y pasar fronteras de nuestro país, o región. Eso te lleva a conocer mucho más, otros artistas, obras conceptuales, horror al vacío, estilos, mensajes, procesos e ideas mágicas para un fin. Transmitir mensajes globales para un público ya globalizado.

Esta historia, que es parte de mi vida, siempre suelo contarla. Cuando luego me preguntan sobre el premio, les digo —Ya me lo gasté— y reímos juntos por esa pequeña broma. Pero lo que realmente gané es *crear* en mis diseños y en mí, sobre todo, en lo que podía hacer, elegir, saber, imaginar, observar, tener fe. Todo un universo porque confías en ti mismo, que lo es todo, como el infinito de una imaginación. Ese premio es el que se queda para toda la vida. Tú vida.

Teletrabajo, espacios, tiempos y duendes

Hoy en día creo que nos hemos adaptado o tratamos de adaptarnos a un ritmo de vida acelerada, al referirse sobre el trabajo virtual al cual llamamos comúnmente *teletrabajo*. No me imaginaba hace cinco o quince años que por una enfermedad letal nos viéramos encerrados en casa; parece como una película de ciencia ficción, somos los actores de dicha película llamada Covid-19. Entre el día a día, como el pan de cada día, aprendemos a adaptarnos. Imagino que la palabra *contagio* siempre ha existido y fue algo que no nos daba miedo, porque no pasaba a una enfermedad curable; algo solucionable como una gripe, que con un té caliente y bien arropado logramos sanarnos y continuamos con el día a día.

En el caso sobre mi persona, como diseñador gráfico o artista visual recurro a un objeto de teclado oscuro y pantalla tibia a la que denominamos *ordenador*, conocido comúnmente como *computadora* o *laptop*. Así es, ese “aparato” a veces ruidoso (tal vez porque ponemos nuestra música muy alta) o a veces “movediza” porque la llevamos de un lado al otro, para luego terminar en un buen espacio acogedor y fresco, por qué no, acompañado de una buena taza de café de asa grande para poder sostenerla fuertemente y no derramar gota alguna al ordenador. Siempre un poco alejados la computadora y la taza, para luego no lamentarse si una gotita caliente cae a la computadora o perder nuestros diseños guardados en ella.

El teletrabajo y el espacio en donde trabajamos han logrado engranarse, me refiero al espacio donde nos sentaremos a “maniobrar” el ordenador como parte de un “intermediario” que ve la transición entre el concepto y la creación

de una obra. Todo ello sin olvidarnos del bendito tiempo que forma parte de ese tridente: teletrabajo-espacio-tiempo. Este último dependerá de las horas y de la necesidad de la entrega, podría decirse de la relación del tiempo-cliente.

A mi parecer, las actividades laborales han cambiado o tuvieron que adaptarse a esta comunicación virtual a distancia. Los que trabajamos en este mundo del teletrabajo evidenciamos siempre esta relación de *tiempo-espacio*. Vemos la diferencia, en especial en los que estamos en el mundo de la creación de mensajes visuales aplicados, tanto en soportes visuales o impresos como el cartel, infografía, diseño en general, entre otros. Ya que la finalidad de toda actividad laboral es la de encontrar soluciones.

Trato de imaginar al taxista que laboró hace diez años. Yo recuerdo que para coger un taxi salía a la calle o a la avenida o en un paradero cercano. Y cuando se acercaba un auto taxi, solo alzaba el brazo para poder llamar la atención del taxista, se detenía, nos saludamos, y luego le daba una dirección a donde tendría que ir para que luego me brinde un precio razonable a mi destino final.

A veces se podía pedir una rebaja, podría decirse que empezaba esa “pequeña negociación de barrio” entre taxista y pasajero. Hoy en día existen los aplicativos donde involucra e interviene el espacio-tiempo; ya no tenemos que ir a una avenida, simplemente digitamos en el aplicativo el punto de destino, nos lanza un precio y aceptamos si nos parece bien o no. Existen ahora esas dos modalidades, a veces dejo de usar el aplicativo y salgo a la calle a caminar y pedir un taxi con tan solo alzar el brazo, señal para solicitar un taxi, y conversar con el conductor, para volver a negociar como lo hacíamos antes.

Otras de las cosas que recuerdo, y lo estamos viviendo, es la forma de comprar algún producto de consumo, artículos de primera necesidad o quizá la forma de adquirir un mueble para cubrir algún espacio de la casa. Así es, esa palabra de “comprar”, en la cual nos dirigimos a un espacio llamado supermercado o algo más cercano a la que digo: —Ya vengo, voy a la tienda del vecino para comprar un producto de primera necesidad que falta en casa—. En la que él me recibe con un “hola vecino”, y yo “¿qué tal vecino? Conversamos un poco de política, de la selección peruana y, por qué no, de “¿vecino cuánto le debo?” Terminó mi trato con un “vecino la próxima semana le cancelo”. Aún mantengo esta costumbre de ir a la bodega del vecino de la esquina; algo

que me percató es que la tienda a la que siempre voy no tiene nombre, solo lo conozco como “la tienda del vecino”.

Eso sucedió en la esquina de mi barrio, ahora existen otras opciones para poder adquirir los artículos como la de poder comprar por online y recibir en la casa. Hay muchos aplicativos o páginas de supermercados que te facilitan comprar sus productos. Bueno, otra de las cosas que suelo hacer en tiempo de pandemia es ir al mercado; cuando a la hora de salir me “furraba” de mascarilla para dirigirme al mercado porque es más cerca de donde vivo que ir a un supermercado, conocía cada espacio del mercado y a mis caseros, quienes me atendían con amabilidad.

Uno de los cambios que provocó la pandemia en mi centro laboral fue la de mudarme a casa. Ahora como trabajador-diseñador ya no necesitaba estar presente físicamente en la empresa. Mi centro de operaciones era un espacio adaptado para seguir desempeñándome como trabajador y desde ahí empecé a enviar los diseños, en este caso las infografías (diseño de información).

Ya han pasado casi dos años desde que la enfermedad viral provocó un desequilibrio en la vida de las personas. En mi caso llevo más de un año y medio fuera de las oficinas. Por su parte, en las noticias ya no se hablan de muertes ni contagios, parece que ya ha vuelto a la normalidad algunas cosas. Sin embargo, yo sigo aún usando mi mascarilla negra, a veces salgo a ver por la ventana a la gente pasar, siempre la misma de mis historias, aquella que me hacía distraer algunas veces.

En esta historia de la pandemia nos enseñaron muchas cosas, una de ellas es la familia, estar más con ellos, porque está en las buenas y malas. En mi caso yo estaba solo con mi esposa Mabel y aprendimos a tener nuestros espacios también, para estar juntos o cada uno con sus cosas de trabajo o quehaceres u organizándonos. Por ejemplo, un día voy al mercado u otro día va ella, coordinar, tener voluntad, no aburrirse, buena paciencia y, por qué no, pasarla con buen humor.

Esto conllevó a que también aparecieran las videollamadas o reuniones virtuales con aplicativos como Zoom, Meet, entre otros. Así ya no nos quedamos aislados, las reuniones en que estaba eran grupos de dos, diez, hasta 50 personas, con un promedio de una hora, quizá menos o más.

Los meses que pasaban hacían un experto de uno; algunos consejos, o lo aprendíamos, o veíamos a otras personas hacerlo. Por ejemplo, en una reunión virtual la cámara del computador solo te permite enfocar la mitad de tu cuerpo y no era necesario estar vestido totalmente, solo parcialmente. Diría como la “mi mitad perfecta” para que me vean, y la otra mitad que no era interesante divulgar en la cámara. No importaba si te encontrabas con tus sandalias, un short o quizá una taza de café a un lado de la mesa. Otra de las cosas es el bendito ruido, antes de empezar las reuniones cerrar bien las ventanas para que no se escabulle algún ruido de la calle.

Todo esto de reuniones virtuales ha revolucionado nuestros encuentros. A mí no me ha gustado mucho porque no podía ver a las personas frente a frente como antes, pero me acostumbré y tiré la toalla al final. Al final me digo “No soy el único que pasa por esto”. Ya forma parte de nuestra manera de contar historias, relacionarnos, controlar el estrés y ser pacientes.

Se preguntaron alguna vez ¿cuánto tiempo se demoraban en ir del trabajo a casa y de ahí hasta el trabajo en tiempo donde el Covid-19 ni se asomaba? En mi caso calculé una hora y quince minutos de ida; de regreso también sería la misma duración, con un total de dos horas y treinta minutos al día. Si solo vamos cinco días a la semana, entonces sería un total de doce horas y treinta minutos, es una cifra significativa, ahora sumar por un mes. ¿Se imaginan 50 horas? Prácticamente dos días aproximadamente de tiempo que es valioso para poder realizar otras cosas o reorganizarse.

Tal vez hay cosas que son buenas porque ahorramos tiempo. También el tiempo que se pierde lo podemos pasar más con la familia o visitarlas, hacer ciertas actividades. No es que no se pueda hacer, lo bueno es que poco a poco esto se ha ido liberando porque ya hay vacunas. Eso ayudó mucho a que esa lejanía con las demás personas se reduzca, pero siempre previniéndonos o cuidándonos de esta enfermedad.

Recuerdo mucho la navidad del 2021, sé que fue muy distinta para mí y mi familia en comparación con otras navidades. Sin embargo, no fue la pandemia lo que hizo que fuese distinta, fue nuestra rutina. Como sabemos, para fines del 2021 la pandemia ya había disminuido en contagio por las vacunas contra el Covid-19. Por mi parte, llevo dos dosis y me faltaba una tercera que ya pronto me la pondré porque debería tenerla; pero mis malos cálculos entre el trabajo y otros eventos hicieron que retrase mi intención y ganas, algo que está muy

mal de mi parte. Pero dicen que puede venir una cuarta dosis —Hasta que lean esta historia, ya pueda tener puesta mi tercera dosis— o una quinta o sexta, pero el tiempo lo decidirá.

Como les narraba, la rutina nuestra era la de pasar siempre en casa con la familia. Pero esta última navidad del 2021 decidimos viajar y salir de aquella monotonía que nos envolvía cada año. Fue así que salimos de la ciudad del Cusco a otra ciudad cercana; de ahí partimos a la ciudad de Urubamba. La ciudad se ubicaba a 45 minutos según mis cálculos viajeros; es un pueblo acogedor por su gente, de un clima agradable que te recibe con su calor dándote la bienvenida a un hermoso valle denominado “El valle sagrado de los Incas” dicese, porque en años pasados era un lugar preferido por los Incas, por su clima y un valle en el que producen los maíces más grandes que haya visto.

El viaje ya estaba pensado y con la familia lista, algo que lo habíamos decidido un día antes, así de rápido fue la decisión e improvisados y, sin pensarlo mucho, con maletas cortas en mano al fin nos fuimos. También aprovechamos para pasar el fin de año en Urubamba y recibir otro año nuevo deseando que esta pandemia se disipe con nuestros temores.

De los pocos días que estuvimos, la parte que más recuerdo fueron las delicias de la comida como una trucha frita o un cuy al horno acompañado con sus papas doradas y ensalada de colores que adornaban el plato. Recuerdo también aquella fogata que era alimentada con grandes troncos recogidos de un árbol caído por su vejez. Estábamos reunidos con la familia a su alrededor contando o recordando vivencias que sucedieron en antaño, de las cosas buenas o malas que nos pasaron. Pero de todas las historias que contábamos sorprendió la del arrendador del hospedaje quien, entre sus relatos, nos preguntó “¿ustedes han visto duendes?” Me sorprendió, en mi mente me decía “claro, pero solo lo hemos escuchado”, ¿pero verlos? ¿quién no ha leído historias de duendes en los cuentos? Aquellos que usaban sombreros puntiagudos, de pequeña envergadura, o que tienen su oro abrazándolo con tanta pasión y sigilo.

Siguió el arrendador con su narración, donde nos decía que por estos lugares, especialmente en los jardines donde nos hospedamos, había duendes. Comencé a ver y buscar a todos los lados entre la oscuridad y la fogata, me puse a ver el lugar donde nos encontrábamos, ya que estaba rodeado de muchos árboles donde nos decía que jugueteaban duendes. Al final de nuestra estadía nunca pudimos ver uno, pero sí hemos escuchado muchas historias

en las noches de fogatas, los otros relatos tenían que ver con los rituales como el pago a la tierra.

El pago a la tierra es una muestra o señal de respeto a la naturaleza; consiste en realizar ofrendas hacia la Pachamama. Así que dimos pequeñas ofrendas a la tierra, como arrojar un poco de bebida como “chicha de jora” o *Aqha* en quechua, una bebida fermentada hecha de maíz. Por otra parte, también fueron ofrecidas hojas de coca a la tierra como un “pago” por estar por primera vez en el lugar.

Las historias son mágicas, ancestrales y te sorprenden. Aquella noche fue todo ello y la familia hizo el “pago” por recibirnos y acogernos, nosotros más que creyentes lo hicimos por respeto al suelo, a la tierra, a la Pachamama (como la diosa de la tierra, la que concibe la vida, la madre protectora que protege, nutre y sustenta a los seres humanos).

Luego de aquella noche llena de estrellas fugaces, con chispas de luciérnagas volando a nuestro alrededor, seguimos con nuestras historias de duendes, de creencias, de fe e imaginación.

Tratamos de olvidar que el planeta había sido sacudido por una enfermedad pandémica como una marea negra que nos oculta del día. Pero aquella noche de fogata tratamos de olvidarla, sin máscaras que nos cubra en el rostro, malos recuerdos, amigos y familiares que fueron cubiertos por este pandémico mal y que ahora no están con nosotros. No sé si es injusta o porque tuvimos mucha suerte, o fuimos intrépidos o a veces cobardes. Lo que sé es que estamos aquí para contar estas historias que viajan a lugares para que sepan de cómo logré vivir. Con risas, penas, enseñanzas, aprendizajes, elecciones, ventanas mágicas, las cuales nos enseñaron a que hay movimiento allí afuera muy similar al latir de mi corazón. Y aquí nos encontramos, contando estas historias mágicas de locuras, pandemia, dioses y duendes que el hombre jamás pudo imaginar.

Referencias

- Ayma, D. (2016, marzo 11). *Iván Ciro Palomino: “Hay que tomar conciencia por el planeta”*. Diario Correo. <https://diariocorreo.pe/miscelanea/ivan-ciro-palomino-hay-que-tomar-conciencia-por-el-planeta-659393/>
- JosVelasco. (s.f.). *Frases de la película La ventana indiscreta*. <https://frasesdela-pelicula.com/la-ventana-indiscreta/>
- Ministry of Commerce People’s Republic of China. (s.f.). *About*. <http://english.mofcom.gov.cn/column/mission.shtml>
- Naciones Unidas. (2016, mayo 3). *Diseñador peruano gana el concurso “Carteles por la Paz” de Naciones Unidas*. <https://news.un.org/es/audio/2016/05/1414291>
- Papa, Y. (2022, marzo 3). *¿Las personas que más se distraen son las más creativas?* La Mente es Maravillosa. <https://lamenteesmaravillosa.com/las-personas-que-mas-se-distraen-son-la-mas-creativas/>
- Time. (1938, junio 13). *Foreign News: On To Chicago*. <https://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,848985-2,00.html>
- Vicent, M. (2002, diciembre 13). *Destruído, pero no derrotado*. El País. https://elpais.com/diario/2002/12/14/cultura/1039820409_850215.html